

directrices de Satán. Si en los dos libros primeros el lector ha permanecido en el Infierno viendo y oyendo el escenario y las actividades y decisiones de los ángeles malvados, ahora, en el libro III, nos hallamos en la armónica plataforma celestial, en medio de la organizada ordenación de los ángeles, oyendo las palabras de Dios y del Hijo, entre los himnos de los espíritus pobladores del Cielo.

Desde aquí Dios observa y prevé lo que va a ocurrir en la Tierra, considera la desigualdad de la lucha que se avecina entre Satán y el hombre, y decide que es necesario advertir a Adán y Eva del peligro que está a punto de desencadenarse contra ellos. Ahora bien, el hombre tiene que poner de su parte amor, inteligencia y voluntad para salvarse, y para demostrarlo, debe quedar—como en su tiempo los ángeles—completamente libre para actuar según su orientación y conciencia. En este libro III, cuyo escenario es el Cielo y estructuralmente constituye el contrapunto de los dos primeros, se adivina la caída del hombre y se esboza el plan de la redención, transformando el mal en bien, trastocando las suertes y volviendo en derrotas las presuntas victorias de Satán.

El libro IV supone el tercer movimiento del poema. Aquí nos encontramos en la Tierra; o no exactamente en la Tierra, sino en el Paraíso antes de la tentación, que es como un trasunto del Cielo fijado en nuestra Tierra, pero escenográficamente es nuestra Tierra, al fin, la misma que pisamos; y este libro IV, que es una pieza clave del poema y un libro magnífico en todo su conjunto, nos muestra la Tierra en su primera edad, en su primer albor, en su condición de Jardín, el Paraíso soñado y poético que tenía que servir de marco a la primera pareja humana en su estado de excepción. La visión de la Tierra, pues, es a través del Paraíso, un paraíso de candor más celestial que terreno; pero que, desde un punto de vista escénico, y en cuanto a la estructura del poema, es nuestra Tierra, bien que decorada con el imaginativo velo de la inocencia primera.

Este libro IV nos da ya la total escenografía del poema: el Infierno y el Caos, el Cielo y la Tierra. En él nos acercamos al Paraíso, primero con Satán y después con Uriel, el ángel del sol, y entonces nos encontramos con Adán y Eva, llenos de felicidad, ofreciéndonos aquí Milton una pintura maravillosamente tenue, fina y distanciada, del ambiente y del amor de los primeros novios de la vida.

Mediante Adán y Eva vamos tomando contacto con la Tierra, la Tierra paradisíaca del amor primaveral en la que ambos amantes transcurrían en candorosa desnudez y sin sentir vergüenza ni sonrojo entre los ángeles de Dios. Aquí, pues, escenario de lucha entre el

Infierno y el Cielo, coinciden los habitantes de estas tres regiones; y con Satán a un lado, y Adán y Eva en medio, entramos en contacto con Gabriel y los ángeles guardianes del Paraíso. El libro IV, paradisiaco e ingenuo como es en su construcción, intencionadamente arcádica y renacentista, plantea ya con toda la claridad la problemática del poema y presenta a Adán y Eva—que viven por completo ignorantes de las fuerzas que presionan a su alrededor—como supuesto botín de la victoria de Satán, de no intervenir—en este caso eficazmente—los poderes del Cielo.

En los restantes libros, es decir, desde el libro V al XII, la acción real tiene lugar siempre en la Tierra, en el Paraíso, con poquísimos regresos o enfoques rápidos hacia el Cielo o el Infierno, si bien en la mayor parte del contenido de los libros V, VI y VII asistimos con nuestra fantasía a la rebelión y la lucha de los ángeles en el Cielo, a su derrota y hundimiento en los abismos del Infierno por el Hijo de Dios, y a la creación del Mundo por él mismo, mediante la narración que el arcángel Rafael hace a Adán y Eva de dichos acontecimientos. Este procedimiento se sigue en el libro VIII, otra de las grandes unidades de *El Paraíso perdido*, y aquí será Adán quien correlativamente a la explicación histórica—teológica y cosmológica—de Rafael, querrá contarle a su vez al arcángel la historia directa y viva de sus experiencias personales, sobre todo del máximo acontecimiento de su vida: la creación de la mujer.

En el libro IX el arcángel Rafael se ha alejado del Paraíso, y Gabriel, puesto que Adán ya está advertido y amaestrado, no interviene ni en favor ni en contra del formidable peligro que les amenaza, y deja a Adán y Eva libres para ejercer su albedrío en el episodio de la tentación. El libro IX es de una trágica belleza, y en él, como ocurre en los cuatro primeros, el argumento, expuesto dramáticamente en forma dialogada o narrativa, es directo y actual, no siendo preciso recurrir al procedimiento de la explicación histórica o la visión profética del futuro. Técnica y cronológicamente el progreso argumental sigue el acontecer de los hechos tal como se van dando en la realidad. Es el culminante libro de la tentación de Eva, ocurrida la cual, los ángeles guardianes del Paraíso abandonan la Tierra para remontarse al Cielo.

Esto sucederá en el libro X, que sigue la misma técnica directa del anterior. Adán y Eva, cometida la transgresión, se encuentran en un Paraíso, que ya va dejando de serlo para volverse Tierra; y por primera vez se hallan completamente solos. Ni los falsos halagos de Satán, ni el severo, pero seguro, amparo de Dios. Por un momento, la Tierra y sus dos moradores permanecen en una desolación com-

pleta. Pero este vacío durará poco. Si por un lado Satán regresa al Infierno a dar cuenta de su aventura, mientras el Pecado y la Muerte se cruzan con él, camino de este Mundo, por el otro, desde el Cielo el Dios Padre envía al Hijo a juzgar a Adán y Eva, y a proporcionarles junto con el castigo un maravilloso rayo de esperanza. Después de estas dos proyecciones hacia el Infierno y el Cielo, volveremos definitivamente a la Tierra—y esta vez una Tierra de verdad, una Tierra maldecida—hasta el momento de la expulsión de Adán y Eva del Paraíso.

El libro XI empieza también en estilo directo, recogándose en el Cielo las arrepentidas rogativas y la compunción de la pareja pecadora. Esta actitud de Adán y Eva, caídos, abandonándose a la gracia de Dios y aceptando su castigo, endereza muy eficazmente su destino. Dios enviará esta vez a Miguel, el arcángel guerrero, a informar a Adán de los propósitos salvadores del Hijo de Dios, y a arrojarles del Paraíso. Los libros XI y XII constituyen una visión hacia el futuro, un intento en el que Milton se propone seguir los itinerarios de Dios perfilando el curso de la historia. Es Miguel quien explica y Adán quien pregunta o se exclama, aflige o alegra, como antes, en los libros V y VIII, había ocurrido con el arcángel Rafael, el cariñoso amigo del hombre. Miguel es más seco y contundente—no puede ser tan amable: su misión es distinta—; pero el procedimiento es parecido, salvo que en el libro XI Milton presenta el material de la historia futura en forma de visión, es decir, dramatizado, y en el libro XII, probablemente para abreviar, lo desarrolla en estilo narrativo. Hacia el final del libro XII volvemos a la realidad, esta vez la tremenda realidad de la expulsión. Pero Adán ha vivido mucho durante las explicaciones de Miguel; y confortado por esta experiencia adelantada, y esperanzado y enriquecido con la sabiduría y promesa de la redención, se prepara dignamente para salir del Paraíso. Eva ha estado dormida durante este tiempo, pero Dios ha hecho que se apercibiera de lo ocurrido con su instintivo corazón de mujer. Por tanto, Adán la encuentra preparada. Y cuando Miguel les advierte que ha llegado el momento de salir, con la Provindencia—invisible—a sus espaldas, emprenden solos su errante camino. Es la formidable lección humana y trascendental de Milton—una entrañable advertencia—para todos los hombres, para todas las parejas de la humanidad.

Infierno, Caos, Cielo, Tierra, los inmensos espacios de la creación, esta mancha de luz que Dios arroja en el Caos y en medio de la cual va a echar a andar los mundos; pero sobre todo la Tierra, nuestra Tierra, primero Paraíso y después Tierra, árida y seca, maldecida, pero arable, fructífera con labor, y redimible, es el escenario en donde